

SÓLO A DOS VOCES: ENTRE UTOPIA Y ENTROPÍA

OCTAVIO PAZ Y JULIÁN RÍOS

En 1970 se publicó *Sólo a dos voces*, un largo diálogo en que Octavio Paz y Julián Ríos exploraban el paisaje moral de un mundo todavía estremecido por la revuelta juvenil y cuyo clima era el de una Guerra Fría aparentemente sin salida. Al cabo de un cuarto de siglo, en 1995, el poeta y el novelista volvieron a reunirse en París para continuar esa conversación ante un paisaje distinto, en el que descubren nuevos enigmas. Publicamos a continuación un fragmento de ese diálogo, cuya versión completa forma parte de la nueva edición de *Sólo a dos voces*, en curso de publicación en el Fondo de Cultura Económica.

JULIÁN RÍOS: Al cabo de casi veintiséis años nos reunimos, esta vez en París, para reanudar *Sólo a dos voces* y de entrada me parece lógico volver a referirme a la importancia del diálogo en tu obra, tanto en el ensayo como en la poesía.

OCTAVIO PAZ: No es extraño. Somos seres hechos de palabras y la palabra nunca es personal. El habla es de todos. Es el habla tuya, el habla mía y la del vecino.

J.R.: Es un habla compartida.

O.P.: Sí. A lo mejor es el habla de nadie. Gracias a la literatura el habla se vuelve la voz de una persona —la del autor o sus personajes.

J.R.: Comparto esa idea de la literatura como diálogo. Recuerdo que Sterne decía que la escritura era una forma más de la conversación. Y tú lo has indicado muchas veces: el poeta está dialogando incluso cuando monologa.

O.P.: Sospecho de los poetas que, en público, le hablan al pueblo o a la divinidad o a quien sea. Creo que el poeta habla a solas y consigo mismo. Y al hablar consigo mismo, en realidad no habla con él: habla con otro, con un desconocido, el lector, que es el recreador de la obra y sin el cual la palabra poética desaparecería.

J.R.: Y es fascinante cómo el diálogo a veces se ramifica. Por ejemplo, en uno de tus libros más densos, porque recapitula y retoma diversas vertientes de tu obra, que es *La llama doble*. En realidad yo he pensado que esa llama, aparte de ser doble —la llama del amor y del erotismo— es también triple conceptual-

mente porque define ese intento (que tú señalas como utopía posible y optimista) de diálogo entre la ciencia, la filosofía y la poesía. Así que es otra vez el diálogo —el diálogo como búsqueda— lo que está en el centro.

O.P.: Todas las grandes cosas que los hombres hemos hecho han sido hijas del diálogo. A veces ese diálogo ha sido violento: choques de pueblos, choques de civilizaciones; otras han sido encuentros amistosos e incluso amorosos (la fascinación de Roma por Grecia) pero, en un caso o en el otro, la cultura, la civilización, es siempre confluencia de distintas tendencias, confluencia de voces. Lo mismo digo de las obras individuales. Cada uno de nosotros es una parte —pero una parte imprescindible— del gran diálogo que tiene el lenguaje con él mismo. Y eso tú lo sabes mejor que yo.

J.R.: Dentro de ese diálogo, me llama la atención el contrapunto que estableces a veces entre obras tuyas en apariencia muy diversas. Pienso ahora en dos libros recientes: *Itinerario*, que es una suerte de examen y resumen de conciencia, una autobiografía concentrada que recoge en apenas cien páginas tu trayectoria vital, política, intelectual, y *La llama doble*, un ensayo mucho más extenso, que es también el producto de toda una vida, y recoge tus vivencias y hasta diría “videncias” del amor a través de la poesía y de la reflexión. En el fondo *La llama doble* está alimentada por casi todos los temas medulares de tu obra. Hay, por ejemplo, un capítulo, “La plaza y la alcoba”, en el que el amor te lleva a hablar de ciencia, de política, de economía, de religión, de todos los temas presentes en tu obra, tanto poética como de ensayo.

O.P.: Ya que mencionas *Itinerario* y *La llama doble*: ahora me doy cuenta de que en esos libros hago una suerte de examen de lo que me ha ocurrido a mí, pero también de lo que ha ocurrido en el mundo en los últimos veinticinco años.

J.R.: Un cuarto de siglo más que movido, acelerado.

O.P.: En nuestras conversaciones de Cambridge y de Londres, tú eras un joven escritor que apenas comenzaba. Piensa en todo lo que ha desaparecido...

El gran cambio en la historia de la segunda mitad del siglo XX ha sido el derrumbe del comunismo. No sé cómo verán nuestros descendientes ese acontecimiento pero para nosotros ha sido decisivo.

J.R.: Indudablemente. Si en aquellas fechas nos hubiesen hablado de la caída del muro de Berlín, de la desaparición del comunismo, lo hubiésemos atribuido a una mente calenturienta, o de autor de ciencia-ficción.

O.P.: Sin embargo, ha sido un cambio peculiar, por decirlo así. El Muro cayó pero muchas cosas quedaron en pie. Los regímenes democráticos, liberales, y capitalistas, ganaron la guerra no de modo violento sino porque los comunistas se destruyeron a sí mismos. El régimen soviético pereció víctima de sus insolubles contradicciones. Ahora nos encontramos frente a una sociedad en la cual los rasgos que la habían hecho abominable en nuestra juventud, lejos de desaparecer, se han acentuado y endurecido. El dios que venera nuestra sociedad es el lucro.

J.R.: En varios libros dedicas líneas certeras e incluso tan violentas contra el lucro como las propias de Ezra Pound contra la usura. Y das no solamente en la diana, sino que le zurras la badana, como quien dice, con verdadera exaltación y violencia. Yo diría que es un zurriagazo contra los mercaderes del templo.

O.P.: Hay diferencias entre mi posición y la de Ezra Pound. Él critica a las democracias liberales desde el fascismo.

J.R.: Por supuesto.

O.P.: Yo no las crítico desde ninguna ideología autoritaria ni mucho menos fascista. Para Pound el mal está en la usura. Tiene los ojos puestos en el pasado; en la Edad Media el pecado de usura era un pecado capital. Pero el pecado —para seguir hablando en términos religiosos— de la sociedad contemporánea no se reduce a la usura. El lucro moderno es algo distinto. La usura es un préstamo con un interés muy alto, excesivo. La usura es pasiva. La economía moderna capitalista es un sistema de producción, un proceso más complejo pues implica la elaboración en serie de objetos de uso, una mano de obra y una distribución. Este sistema de producción y consumo de objetos ha cambiado al mundo.

J.R.: Reducido (traducido) al dinero...

O.P.: Al dinero y al poder. Nuestras dos grandes pasiones.

J.R.: Si nos fijamos en ese periodo, podríamos situarlo y hasta bautizarlo, aunque fuera provisionalmente: *Entre utopía y entropía*.

O.P.: Muy bien.

J.R.: Hay una serie de utopías que se desvanecen y el mundo parece ser que es cada vez más entrópico, está en un caos.

O.P.: Bueno, al hablar de lucro, hay que hablar de aquello que lo hace posible: el mercado libre. No niego su eficacia. Ha mostrado su superioridad sobre la economía estatizada y el Estado-patrón. También ha contribuido a elevar el nivel de vida en las sociedades desarrolladas. Pero el mercado es un mecanismo ciego que gira sin cesar; se mueve con celeridad pero no sabe a dónde va. Un círculo endemoniado: producir para consumir para producir... Raimundo Lulio decía que en el infierno la pena era circular.

J.R.: Es la verdadera pena perpetua.

O.P.: Te confieso que a veces, al pensar en lo que ocurre, tiemblo. Pues el mercado es una de las formas en que se manifiesta lo infernal, puesto que es un círculo que gira incansablemente, produce dichas y desdichas sin saberlo, sin quererlo. No por mí —tengo ochenta años y pico— sino por nuestros descendientes. El mercado ofrece una inmensa variedad de productos pero los marca con un signo: el precio. Todo es intercambiable —cosas, ideas, personas, sentimientos— porque todo tiene un precio. El resultado es la extraordinaria y repelente uniformidad de las sociedades contemporáneas. Las masas son conformistas. Pero también son egoístas y caprichosas. El conformismo tiene otra cara: un individualismo cruel, agresivo.

J.R.: Se ha definido a nuestro siglo como el siglo de la comunicación. Esto es aparente; no hay tal comunicación, y quizás una de las calamidades de esa falsa comunicación es que vamos hacia una especie de sociedad uniformizada y cortada por el mismo patrón, y hasta por los mismos patrones, en la que se van perdiendo los acentos, las diferencias, la *distinción*. Y al mismo tiempo surge, paradójicamente, el nacionalismo. Otra paradoja, y otro sarampión de finales de siglo.

O.P.: Amigos que han visitado recientemente a la India me han dicho que en muchos pueblos, por la influencia de la televisión, las mujeres ya no se visten de modo tradicional (aquellos vestidos eran muy hermosos) sino a la moderna, con pantalones. Al mismo tiempo, en la India, ha crecido un movimiento político, el hinduismo, que mezcla la intolerancia nacionalista con el fanatismo religioso.

J.R.: Ese nacionalismo tan estrecho de miras como ancho de iras que sigue haciendo correr sangre. En realidad, muchas de las cosas que se producían en el mundo, sobre todo en Europa, en las fechas en las que tú naciste, vuelven, aunque sea de otra forma, como si le diéramos un poco la razón al cuento de nunca acabar de la historia cíclica.

O.P.: No hay ciclos, hay repeticiones, cacofonías. Nos parecía que las religiones empezaban a desvanecerse en el horizonte de la historia. Ahora asistimos a una resurrección de la pasión religiosa en sus

expresiones más agresivas y primitivas. El Islam es el caso extremo pero no es el único. El mundo está lleno de sectas intolerantes.

J.R.: Quizá la proliferación de las sectas podría ser también una consecuencia del caos en el que vivimos inmersos, en el que las religiones son ya insatisfactorias o no dan la respuesta buscada. Posiblemente si el cristianismo pierde carisma, digamos, una serie de sectas aprovechan y abaratan sus mensajes. El budismo transplantado o los falsos budismos transplantados a nuestras sociedades se ramifican también en sectas más o menos exóticas. Quizá el fenómeno de las sectas sea algo parecido al de los nacionalismos.

O.P.: Lo inquietante es la coloración política de estos movimientos. Además los fundamentalismos son sectarios pero no son sectas. Sus militantes son millones.

J.R.: Por ejemplo, el chiísmo.

O.P.: Ortega y Gasset habló de la rebelión de las masas. No, no ha habido ninguna rebelión. Las masas han aparecido por una serie de circunstancias. Una de ellas ha sido la democracia. Esto lo ha visto Tocqueville antes que nadie. Pero la vigencia política de la democracia, que reconozco justa y legítima a pesar de sus obvios defectos, no implica que sea aplicable al dominio de los valores éticos, estéticos o científicos. La opinión de la mayoría no invalida a la teoría de la evolución natural, a la física cuántica, a la poesía de Mallarmé o de Góngora. La mayoría —o sus representantes— condenaron a Sócrates pero su muerte voluntaria mostró que esa sentencia era injusta y que la mayoría no es omnisciente. Para reparar un poco estas terribles fallas de la democracia se ha inventado el sistema de equilibrio de poderes y se han garantizado los derechos de las minorías y de las personas. Pero estas salvaguardas, como lo muestra la experiencia diaria, no bastan en el dominio de la economía ni, sobre todo, en el de los valores. Añado que las masas en todos los regímenes tienden mecánicamente a la unanimidad. Desconocen la duda, ignoran el pluralismo y profesan el despotismo de la mayoría, que no es menos nefasto que el de las minorías o el de los individuos. La democracia no ha sido enteramente culpable del conformismo contemporáneo; los verdaderos culpables han sido las ideologías simplistas, la influencia del mercado, la publicidad y los nuevos medios de comunicación, especialmente la televisión. Así se ha creado esta uniformidad opaca de la civilización actual.

J.R.: El mercado trata de convencer a la masa de que siempre tiene razón. Lo más vendido es necesariamente lo mejor. El cliente siempre tiene razón. Yo creo que uno de los elementos que consumen realmente a nuestra sociedad de consumo, causante en

parte de la pérdida de los verdaderos valores, es la omnipresencia del mercado. El mercado ha invadido, digamos, los últimos reductos, o los reductos que podrían estar reservados a preservar una moral, una ética, unos valores trascendentes, o a guardar la llama que puede iluminar a la sociedad en tiempo de oscurantismo: la poesía, la literatura, el arte han caído...

O.P.: Se han convertido, más que en víctimas, en instrumentos del mercado. Como el mercado está basado en satisfacer los gustos de la mayoría, la regla es propagar aquello que parece ser del gusto de la mayoría. ¿Pero realmente se trata de los gustos de la mayoría o de una imposición de los medios? Por ejemplo, la televisión...

J.R.: Una máquina de apisonar mentalidades...

O.P.: Una aplanadora.

J.R.: Tú, que has reflexionado sobre tantos artistas, ¿cómo ves la situación del arte actualmente? ¿Lo ves quizá todavía más desarbolado, más zarandeado que la literatura en general, o que la poesía?

O.P.: Si, porque las artes, la pintura y la escultura, están manejadas por organismos mercantiles muy poderosos. La crítica, en su forma tradicional, ha desaparecido y las galerías son ya parte del sistema financiero. Los museos se han convertido en almacenes de obras y en unas especies de ferias en las que la gente no va a ver los cuadros sino a verse, a retratarse, a congregarse. Las obras convertidas en cosas y las cosas en espectáculos.

J.R.: En el arte, pero también en la literatura, una de las desgracias de la época es que no hay el deseo de hacer una obra. Lo mismo que hoy día se producen muchos libros, se escriben muy pocos, porque escribir requiere tiempo. Hoy día la facilidad y la invitación de los marchantes, de los editores, es producir, producir...

O.P.: Marcel Duchamp decía: "¿En qué bodegas van a caber los cuadros y las esculturas de los cientos de miles de artistas modernos?"

J.R.: Además, el primer garabato se transforma inmediatamente en algo exponible.

O.P.: En los museos de arte moderno el problema del almacenaje es ya muy serio, sobre todo desde que los artistas han decidido hacer las famosas instalaciones.

J.R.: Las instalaciones, horrible palabra, me parecen una de las jaulas o prisiones del arte actual. Desgraciadamente se ha perdido el sentido lúdico del espectáculo de barraca de feria y el misterio de la primera e irrepetible instalación: *Etant donnés*, de Marcel Duchamp. La instalación como fórmula o lugar común es tomar el rábano de la creación artística por la hojarasca de la idea o receta en sí misma. Esta "suite" en la que estamos hablando, apenas con algunos cambios, quizás un libro de poesía abierto sobre esta

mesa y un reloj de arena al lado del magnetófono, y las cortinas corridas, podría transformarse en instalación. *Hôtel Lutétia ou la suite de la conversation*, podríamos titularla.

O.P.: La instalación es por naturaleza, inhabitable. Aparte de usurpar el lugar del cuadro o de la escultura, nadie puede penetrar en una instalación, nadie puede *vivir* en ella. Tampoco puede contemplarse como un cuadro. Es un espacio deshabitado... e inhabitable.

J.R.: Podría ser otra vez el espacio de la vacuidad, el espacio vacío en el que ya no sucede nada. *Rien n'aura eu lieu que le lieu*. Pero ya no hay ni siquiera la reflexión sobre el lugar. O sólo tendrá lugar el lugar común.

O.P.: El caso de los libros es semejante. Se publican miles de libros insignificantes, que no son realmente literatura sino noticias, reportajes, chismes...

J.R.: El día de mañana los historiadores tendrán a veces que rescatar de debajo de toneladas de papel libros olvidados, porque la abundancia de lo insignificante acaba por ocultar cualquier obra de mérito. Se desploman unos libros sobre otros y es imposible ver lo que hay debajo de la montaña de papel.

O.P.: Como en el caso de las instalaciones: todos los espacios resultan insuficientes.

J.R.: Hay un fenómeno preocupante: el poco tiempo que pueden estar los libros en las librerías. Cualquiera de los grandes libros de la primera mitad del siglo, por ejemplo, no podría sobrevivir con el actual sistema de mercado.

O.P.: Un consuelo: las grandes obras de nuestra época fueron, al principio, minoritarias.

J.R.: Borges hablaba de los treinta y siete compradores de uno de sus libros, me parece que *La historia universal de la infamia*. Borges decía que le daban ganas de agradecerse personalmente porque 37 era un número representable.

O.P.: En un pequeño libro, *La otra voz*, cito algunas cifras. El número de ejemplares de las primeras ediciones de casi todos los grandes poetas modernos y de algunos prosistas, era ridículo. Esos libros se conservaron gracias a un público reducido pero fiel. Después las universidades empezaron a explicar a Joyce, a Proust, a Eliot, a Pound; se creó así la industria universitaria, que consiste en la producción en masa de libros sobre otros libros. A su vez, esta industria ha favorecido la propagación de las epidemias que ha padecido la crítica literaria en los últimos cincuenta años: el existencialismo, el estructuralismo y ahora el "deconstructivismo" (palabra bárbara). Las dos primeras enfermedades tal vez estimularon a la crítica, como pasa con ciertas fiebres que, aunque dañan a una parte del organismo, estimulan e incluso vitalizan a otras. El "deconstructivismo" se presenta como

un escepticismo radical pero no es ni lo uno ni lo otro. El verdadero escepticismo, como nos recordaría Pirrón o Sexto Empírico si participasen en nuestras discusiones, termina siempre en una *suspensión* del juicio. El escepticismo auténtico se resuelve en silencio. El "deconstructivismo" desemboca en verborrea de profesores. En las universidades norteamericanas el mal tiene proporciones a un tiempo inmensas y ridículas.

J.R.: Derrida's Digest, tan indigesto... Las universidades han sido siempre las mismas.

O.P.: Tal vez, pero los cambios de este fin de siglo nos afectan a nosotros... Por ejemplo, la transformación de las universidades en asilos y refugios de poetas y escritores. En el alba de la modernidad la clase intelectual se separó de las universidades y aún las combatió. Casi ninguno de los grandes poetas modernos, desde el romanticismo hasta mi generación, fue un universitario. Lo mismo ocurrió con los novelistas e incluso con muchos filósofos. Hoy los poetas no tienen más remedio que refugiarse en las aulas. En la Edad Media los conventos y las universidades conservaron la herencia grecorromana, aunque la deformaron y la volvieron escolástica...

J.R.: Y la secuestraron también... El escritor, el poeta parece que tiene poco que ofrecer —que vender— en esta sociedad de consumo y así pierde la posibilidad de ser oído. Y ya no tiene ocasión de ser ni ejemplo moral, ni tampoco de ser piedra de escándalo, porque su voz queda apagada por los altavoces de la publicidad.

O.P.: Otro gran cambio: la ausencia, desde hace más de cuarenta años, de grandes movimientos artísticos y literarios. El último fue el surrealismo. No olvido, claro, al expresionismo abstracto norteamericano ni al *pop-art*, también norteamericano, pero los dos no han sido sino...

J.R.: Una consecuencia del surrealismo y de *Dada*. Tú has identificado muy bien como *revivals* muchos de los movimientos modernos.

O.P.: Es un síntoma del cansancio —o más exactamente: del crepúsculo— de lo que hemos llamado "modernidad". Y sin embargo, en estos años han surgido varias obras notables.

J.R.: Quizá los movimientos han sobre todo servido como terreno abonado para facilitar la producción de obras individuales de gran mérito. Por ejemplo en el surrealismo en el que, al fin y al cabo, lo que cuenta son...

O.P.: Los individuos.

J.R.: Los cuatro o cinco poetas esenciales que ha producido, los cuatro o cinco pintores...

O.P.: Creíamos, de una manera un poco supersticiosa, que los movimientos eran lo más importante. Pero tú lo has dicho muy bien: los movimientos bene-

fician la aparición de obras individuales. Sin embargo, a veces la impiden. Con frecuencia los movimientos fueron sectas y sectas de fanáticos. Uno de los escritores centrales en el que tú piensas continuamente es Joyce. Y él no formó parte de ningún movimiento.

J.R.: Estuvo al margen... Por otras razones distintas, a Kafka o a Proust también les pasó lo mismo.

O.P.: Cierto. Así que esto no me inquieta demasiado. Lo que me alarma, no tanto en la esfera del arte, como en la del pensamiento y la historia, es la ausencia de un proyecto universal. El comunismo fue el último proyecto universal, con los resultados que conocemos. Tú hablas de ese interés mío por restablecer el diálogo entre el pensamiento y la sensibilidad, entre la poesía—en el sentido amplio de la palabra poesía, que engloba al novelista— y la ciencia. Este diálogo, me parece, podría preparar lentamente la aparición, no en esta generación sino en la próxima, de otro proyecto histórico. Un proyecto que, claro, no transforme en cielo a la tierra pero sí que haga la sociedad más vivible y más creadora.

J.R.: Me ha parecido de una lucidez imaginativa que el poeta haya estado fascinado —ya durante bastantes años— por la ciencia. En primer lugar pensé: se trata de algo puramente faústico. Octavio quiere llegar a comprender el universo, desvelar el secreto del universo.

O.P.: Como todos los seres humanos.

J.R.: Pensé en la aspiración de Novalis de unir poesía y ciencia para llegar a interpretar el mundo. Luego pensé en aquella obra hoy algo olvidada del novelista y científico inglés C.P. Snow, *Las dos culturas*, que constataba que vivían separadas las humanidades y las ciencias, que no tenían idiomas comunes y estaban destinadas a no entenderse. El libro tuvo bastante eco en la época en la que se publicó, a fines de los cincuenta.

O.P.: El libro de Snow representaba la realidad de aquella época.

J.R.: Me pregunto si en realidad el poeta necesita de la ciencia o si la ciencia necesita al poeta. ¿Es Hölderlin el que necesita a Heidegger o es al contrario Heidegger el que va a buscar la inspiración en Hölderlin?

O.P.: En el caso de Hölderlin, hablo de su juventud y de los años que precedieron a la gran crisis, su pasión filosófica fue inseparable de su pasión poética. Recuerda su relación con Hegel. En mi caso —no me comparo con ellos— me interesó la ciencia porque empecé a aburrirme la filosofía. Desde hace tiempo la filosofía se repite, vive en un callejón sin salida. Por ejemplo, la filosofía analítica. Los ingleses y los norte-

americanos han encontrado cosas valiosas pero me parece que no llegan a tocar aquello que es lo esencial: los problemas humanos reales, tanto los que se refieren a la organización política como los que tocan a la ética, la sensibilidad y el sentido de la vida. El *impasse* de la filosofía que viene de Heidegger es más grave, aunque en Derrida y en otros, como ha visto el físico Steven Weinberg, también tiene aspectos cómicos. En Francia la filosofía se ha vuelto una rama de la elocuencia. Hace pensar en la antigua sofística. En cambio, cuando empecé a leer algunos científicos, me di cuenta de que, justamente porque su método es la duda y la verificación empírica, afirman siempre la objetividad del conocimiento. En este sentido continúan la tradición de Platón y Aristóteles. Ningún científico es nihilista, en el sentido filosófico de la palabra. Mi experiencia con *La llama doble* es muy curiosa. En uno de los capítulos señalo que en física, biología y neurobiología ha aparecido un elemento que no figuró en la tradición científica hasta Einstein: el tiempo. Los científicos se preguntan hoy sobre el origen del universo, sobre el de la vida y el de la conciencia y de la inteligencia. Se me ocurrió pedirle a mi editor norteamericano que enviase el libro a los científicos que cito. Si hubieran sido escritores probablemente no me habrían contestado. En cambio, todos ellos contestaron, algunos con observaciones.

J.R.: Es el lado fascinante del nuevo diálogo. Los científicos estarán ya cansados de discutir con sus colegas en los laboratorios, en las universidades y el hecho de discutir con un poeta, de entablar un diálogo con él y salirse de la rutina, abre, como siempre pasa, nuevas perspectivas.

O.P.: Además, creo que les interesa realmente la poesía.

J.R.: Hay una llama común entre el poeta y el científico: la creatividad.

O.P.: No son teólogos, no hacen especulaciones.

J.R.: Y tienen cosas mucho más divertidas que contar, la física siempre es "recreativa", para utilizar esta expresión antigua.

O.P.: Incluso, bautizan a las partículas con nombres inusitados como los *quarks*...

J.R.: Que viene del *Finnegans Wake* de Joyce. Y creo recordar que Oppenheimer se leyó toda la *Recherche* durante unas cortas vacaciones en Sicilia, me parece. No sé si la habrá leído con un método de lectura rápido. Pero hay, efectivamente, esa curiosidad.

O.P.: Y después, el amor a las paradojas. Por ejemplo, llamar "fuerza débil" a una de las fuerzas fundamentales del universo es bastante divertido. O sobrecogedor, como quieras. <